



EDITORIAL LIBROS Y KAÑAS

CUENTOS PARA BEBERSE UNA CAÑA

BY HITZA KALEAN

CUENTOS PARA BEBERSE UNA CAÑA

Hitza Kalean

Editorial Libros y Kañas

COLITA

Alzo la vista en cuanto lo oyó. El repiqueteo familiar sobre los adoquines de la ciudad vieja llegaba siempre a mediodía. El sol implacable le calentaba la sesera y tenía que protegerse poniéndose un periódico viejo de visera, mientras permanecía allí sentado vendiendo coquitos, conos de cacahuets y toronja dulce.

Pero no le importaba aguantar el calor, porque allí estaba ella: Colita, la negra más tremenda de La Habana. Debía su apodo a la escoba que llevaba prendida de la cintura y que arrastraba tras de sí mientras avanzaba a caderazo limpio por mitad de la plaza. Era una escoba simple, hecha de ramitas torcidas de algarrobo atadas en torno a un palitroque con un cordel viejo. Colgada así le libraba las manos para llevar dos cubos en los que metía trapos y productos de limpieza. No se la quitaba ni a sol ni a sombra. Más que herramienta de trabajo era un apéndice, una seña de identidad, anunciando con su repiqueteo la llegada majestuosa de Colita.

Al vendedor de coquitos se le perdía la mirada por la espalda sinuosa, donde los pliegues del vestido se adherían al cuerpo sudoroso, desvelando a cada paso un secreto de aquella espalda que bien podía haber sido interminable, pero que acababa contundente en el trasero más recio y monumental del Caribe.

Miraba ensimismado aquellas redondeces, cuando Colita resbaló. Sin soltar los cubos mientras movía las manos en círculo para no caer, parecía una equilibrista sobre el alambre, porque incluso al tropezar era hermosa Colita. Le salió un grito de lo más hondo y en un santiamén estaba de pie corriendo por la plaza para ayudarla.

Colita olía a sudor y sal y el vendedor se sentía aturdido solo por estar tan cerca de ella. Con caballerosidad se prestó a llevarle los cubos. Ella se resistió, pero finalmente le cedió los cubos con un suspiro de alivio. Aquel suspiro intenso le dejó transpuesto y no pudo evitar mirar discretamente los pechos pequeños y firmes de Colita. En un segundo se la imaginó suspirando así mientras él le pellizcaba los pezones.

Carraspeo recuperando la compostura y la acompaña hasta la puerta del hotel donde ella trabajaba limpiando habitaciones. Fueron conversando sobre trivialidades y, aunque era algo tímida, le despidió con una sonrisa cálida.

@@
@@

Sentía sin verlos aquellos ojos que le seguían cada día cuando cruzaba la plaza. Los sentía como pegados a la espalda y si hubiese podido, de buena gana se hubiese vuelto para arrancárselos de encima de una vez por todas. Miro por el rabillo del ojo y allí le vio, el vendedor de coquitos con su ridículo gorrito de papel, mirándola atontado mientras con la mano derecha rebuscaba en una lata vieja y oxidada que rebosaba cacahuetes pútridos.

Era una mañana calurosa y los cubos se le resbalaban de las manos sudorosas. Pesaban mucho aquel día, llenos como estaban de cigarros puros escondidos bajo los trapos. Más tarde, durante la limpieza de las habitaciones del hotel, los distribuiría entre la clientela, cambiando los billetes bajo las almohadas por cajas de puros falsos, pero siempre pasaban por el mejor tabaco de la isla para aquella yuma ignorante.

Imbuida en sus pensamientos, a punto estuvo de dar con sus huesos y el contrabando en el suelo de un traspíe. El vendedor de coquitos soltó un grito que bien podría haber pasado por un maullido y empezó a correr hacia ella. Se recompuso tan rápido como pudo para salir huyendo, pero era tarde, ya estaba atrapada por el olor pringoso a toronja que desprendía el vendedor.

El hombre estiro los brazos para quitarle los cubos de las manos mientras emitía todo tipo de frases sin sentido que ella solo escuchaba a medias. Colita se resistió pero notó como se le escurrían los cubos de las manos. Los trapos bailaban en medio del forcejeo y ya empezaban a asomar las esquinas de las cajas de cigarros puros. No podía permitir que él viese el contrabando y soltó un suspiro dándose por vencida. Miro al vendedor a la cara para adivinar si había visto los habanos. Se tranquilizo, él tenía la boca medio abierta y la mirada perdida en su escote.

Sintió una mezcla de repulsión y fascinación mientras seguía el hilillo de saliva que se empezaba a escapar de la boca del vendedor. Le miro a los ojos, uno clavado en el escote y otro torcido que parecía saltar de un lado a otro para finalmente extraviar la mirada a un costado.

Cuando salió del trance le acompañó murmurando ininteligiblemente hasta la puerta del hotel. No parecía darse cuenta de que los cubos pesaban más de la cuenta. Seguía azorado y nervioso mientras se despedía y ella no pudo evitar dirigirle una sonrisa burlona.

@@
@@@@@@@

Al atardecer, cambió el puesto de fruslerías al otro extremo de la plaza. Allí, bajo una buena sombra, volvió a colocar sus mercancías sobre el carrito y se dispuso a pasar una tarde tranquila.

Al rato llegaron los músicos. Venían cada tarde de viernes con sus camisas y pantalones blancos y sus instrumentos raidos y se ponían en la esquina frente a él. Cada vez que empezaban a tocar, el vendedor se maravillaba de que fuese posible extraer un sonido tan dulce de aquellos instrumentos de apariencia centenaria. La tarde pasaba suave a ritmo de bachata y salsa. Desde su sitio el vendedor tenía una posición privilegiada para disfrutar del concierto y lo más importante, estaba pegado a la entrada del hotel esperando la salida de Colita. Se quedó allí, escuchando el Cuarto de Tula y mirando atentamente a la puerta del hotel.

De repente se escuchó un estruendo y la loca Zoé irrumpió en la plaza arrastrando un madero enorme que hacía las veces de compañero de baile. Zoé era una viejita enamorada del saxofonista de la banda y todos los viernes se pasaba la tarde bailando sola hasta el anochecer en la plaza. Le contaba a quien quisiese oírla que una vez, hace muchos años fue bailarina de Tropicana. Pero ahora solo era una viejita loca. Aquel viernes simulaba bailar con el madero, sin apenas poder levantarlo. Unos turistas le sacaban fotos y le grababan con la videocámara. No se molestaban en disimular y se reían de ella a mandíbula batiente.

El vendedor de coquitos se sintió enrojecer de furia. La loca Zoé no le hacía mal a nadie. Iba a espantar a los turistas cuando se fijo en uno de ellos, un ruso alto y fornido y decidió callarse. Zoé empezó a gritar a los turistas que rieron aun mas fuerte señalándola con el dedo. La mujer soltó el madero en medio de la plaza y se marchó gimoteando. El saxofonista, que la había ignorado durante años, dejó el instrumento a mitad de canción y la siguió para consolarla.

@@
@@@

Colita metió la última caja de habanos bajo la almohada y aliso las sábanas. La cama pertenecía a una pareja de francesas jóvenes que llevaban una semana con el cartel de no molestar colgado. A juzgar por el estado en que Colita había encontrado la habitación se lo habían pasado bien. Por la ventana entreabierto se colaba una brisa cálida y las notas del Cuarto de Tula. Ya estaban los viejos enmohecidos con la misma murga de todos los viernes. Se asomó a la ventana para echar un vistazo. El inefable vendedor de coquitos estaba en su puesto de las tardes. Y la loca Zoé llegaba bailando desde el otro extremo de la plaza. Se le estaba haciendo tarde.

Mientras bajaba las escaleras la banda dejó de tocar. Se sorprendió, porque normalmente no paraban hasta bien entrada la noche. No obstante, sonrió contenta.

@@
@@@

Sin la presencia de la banda la plaza se vació rápidamente. La cajita de madera donde el vendedor guardaba el dinero estaba medio vacía. Los turistas que se habían reído de la loca Zoé eran los únicos que quedaban en la plaza. Se aproximaron al puesto y le compraron toronja dulce y cacahuets. Luego entraron en el hotel.

El vendedor de coquitos se sonrió. Le habían pagado en dólares en vez de en pesos cubanos. Una pequeña fortuna para él. Ya se estaba imaginando en el Copelia del brazo de Colita ¿Acaso hay algo mejor en la vida que unas galletitas dulces y un helado?

Decidió invitarla al Copelia en cuanto saliera de trabajar. Impaciente, se acercó a la entrada del hotel. Justo alcanzo a ver como el gigante ruso la llevaba de la cintura hacia los aseos de la planta baja.

Se sentó en el suelo desalentado. Adiós a las galletitas dulces. Cogió una toronja y empezó a mordisquearla para alejar la tristeza.

@@
@@@

El ruso le dirigió una mirada dura según entro por la puerta. Le había comprado un lote grande de cajas de habanos el día anterior. A lo mejor querría más. El hombretón fue hacia ella y saco del bolsillo uno de los puros. Lo partió en dos y descuartizo una de las partes entre sus dedos. Espolvoreo el tabaco por el suelo.

Colita lo miro aterrada. Se había dado cuenta de que el tabaco era falso. Ella se había llevado un dineral de debajo de la almohada a cambio de un arsenal de habanos falsos. Le atemorizaba que avisase a la policía, pero aquella mirada fría que le recorría el cuerpo era casi peor.

Sin mediar palabra se acercó a ella y le susurro en la oreja mientras le conducía hacia el aseo sin ninguna delicadeza.

@@
@

La toronja dulce le sabia amarga al vendedor. La escupió sobre el adoquín. El adoquín sobre el que repiqueteaba a diario la escoba de Colita. Su Colita. Colita la Jinetera que se estaba trabajando al ruso en los aseos del hotel.

De repente escucho un golpe seco y un chillido. El ruso salió del baño con Colita agarrada de los pelos. La arrastro hasta la calle y la empujo al suelo. A duras penas ella se puso de pie suplicando, pero él le propino un puñetazo en la tripa. Colita volvió a caer. El vendedor recorrió la plaza con la mirada en busca de ayuda, pero solo quedaba él. Solo él. No lo dudo un segundo. Agarro el madero que la loca Zoé había dejado caer en medio de la plaza, lo levanto con todas sus fuerzas y corrió hacia el ruso todo lo rápido que sus piernas le permitían. Descargo el madero en la nuca del gigante.

El ruso se tambaleó, pero sacudió la cabeza y recuperó el equilibrio. El vendedor se armo de valor y le atizó otro golpe en la cabeza con el madero. Esta vez se desplomo como un guiñapo.

Colita estaba en el suelo agarrándose la tripa. Le cogió de la mano para levantarla y los dos corrieron alejándose de la plaza

@@

El ruso le dio un puñetazo que le alcanzo en la mandíbula. Se le escapo un grito y respiro profundamente para no perder el conocimiento. Sintió un tirón insoportable en el pelo y anduvo a trompicones hasta que sintió el aire fresco de la noche. Sabía que la había sacado del hotel para darle una paliza. Decidió no resistirse. Ella era fuerte y alta, pero aquel hombre le superaba con creces. Si se resistía la mataría.

Noto un golpe en el abdomen que le cortó la respiración. Retorcida en el suelo espero al siguiente. Pero nunca llegó. El ruso cayo redondo a su lado. Aquella era la primera vez que Colita se alegraba de ver la cara del vendedor de coquitos aparecer a su lado. Dejó que la ayudara a levantarse y ambos corrieron como pudieron por las callejuelas de La Habana Vieja. No miro atrás para comprobar si el ruso les seguía.

@@

En la penumbra del callejón apenas si vislumbraba la cara de Colita. Ambos tenían la respiración entrecortada. La cara desencajada de Colita estaba lastimada. El vendedor de coquitos estiro una mano para acariciarla.

Colita le respondió con la mirada encendida. Estaba jadeando. El vendedor tuvo la certeza de que aquel era su momento. Hundió sus labios en los de Colita. Eran carnosos y húmedos y sabían a sal.

Ah Colita! cuanto tiempo deseando besarla, deseando tocarla.

Envalentonado recorrió su espalda suavemente con las yemas de los dedos. Noto como ella temblaba y no necesito más confirmación para seguir amándola.

@@@

Después de lo que acababa de pasar solo a un cretino se le ocurriría acariciarla de aquella manera, pensó Colita. Sentía los dedos trémulos del vendedor en su mejilla. Le miro enfurecida. El la besó y empezó a manosearla.

Intentó decirle que parara, pero no conseguía recuperar el aliento y encontrar la voz. Se encogió de un escalofrió, llena de repulsión.

@@@
@@@@@

El vendedor de coquitos no quería dejar un centímetro del cuerpo sin recorrer. Envolvió la rodilla con la palma de la mano y en su garganta caliente se arremolinaban tantas palabras que solo conseguía repetir Colita a borbotones. Colita, Colita, una y mil veces mientras deslizaba la mano por la parte interior del muslo, hasta llegar a la entrepierna.

Entonces se le ahogo la voz y se le salieron los ojos de las orbitas, cuando palpo el miembro enorme y flácido que habitaba entre las piernas de la regia y majestuosa Colita.

HULK

El aula se ve algo distinta hoy: apenas son las 10 de la mañana y dos supermanes, un unicornio (con la nariz rosa), una mariposa, tres princesas Elsa y un spiderman han tomado ya la zona de juego. El resto espera, paciente, su turno para transformarse en alguien diferente.

-Orain zure txanda, Ane! Bakizu jada zer izan nahi duzun?-

-Bai!! Hulk!!-

Ane tiene tres años recién cumplidos, sabe nadar, va sola al baño y alza la mano cuando quiere hablar. Es pequeña y delgada; tímida pero resolutiva; callada y, al mismo tiempo, sociable. Ane es una personita alegre que, a veces, parece triste.

-Hulk, e? Ummm... Orduan, zein margoa beharko dugu?-

-Berdea!!-

Ane señala la pintura verde, medio escondida al fondo de la cesta, con decisión y un punto de impaciencia. No le interesa repasar los colores. Quiere ser Hulk YA.

-Egia! Berdea hartuko dugu, orduan-

Comienzo a pintar la pequeña cara. Ane se deja hacer mientras busca confirmación.

-Hulk handia da-

-Bai, Hulk osoo handia da. Eta berdea!-

-Ni bezala!-

-Baiii. Beno, oraindik bekokia eta sudurra falta zaizkizu guztiz Hulk izateko...-

Ane alza la vista y me mira con cierta inquietud.

-Hulk indartsua da, ezta?-

-Oso!! Munduko indartsuena esango nuke-

-Bai-

Una gran sonrisa aparece en su rostro para desaparecer con rapidez. Es mejor no moverse mucho mientras te pintan la cara.

-Berdea kolore ederra da, baina beste koloreak ere politak dira, ezta? Beste kolore bat erabiltzea nahi duzu? Urdina, adibidez?-

Ane duda. El azul es, con diferencia, su color favorito.

-Baina Hulk berdea da. Ez da urdina-

-Beno, komikietan eta telebistan agertzen dena bakarrik berdea da. Baina beste Hulk asko egon ahal dira-

-Bai?-

-Ziur. Guk nahi ditugun beste!-

De repente, un punto de ansiedad se dibuja en sus pupilas marrones.

-Eta Hulk berdea bezain indartsuak dira horiek?-

-Baietz pentsatzen dut...-

Sus ojos buscan la pintura azul en la cesta.

-Baina ez nago ziur. Agian berdea da indartsuena...-

-Orduan berdea bakarrik-

Su respuesta es rápida. Quiere ser la más fuerte.

-Beno, gutxi falta zaigu jada!-

Irrifar ederra.

-Eneee... Oso oso indartsua izango zara, Ane!!-

-Eta handia!!-

-Baiii, indartsu eta handia!-

Ugaitz lleva un par de minutos sentado junto a nosotras, observando y escuchando con atención.

-Nik ez dut hain handia izan nahi-

-Ez duzu nahi? Eta zelakoa izan nahi duzu?-

-Handiek ezin dute kolunpioetan ibili-

-Ez, hori egia da. Apurtu ahal baitituzte, ezta?-

-Bai...-

Ugaitz mira a Ane con curiosidad.

-Zergatik nahi duzu handia izan? Kolunpioak apurtuko dituzu!-

Vaya. Me ha surgido un aliado inesperado en la conversación.

-Ez ditut apurtuko!!-

-Bai apurtuko dituzu! Handiek kolunpioak apurtzen dituzte!!-

Ane mira a Ugaitz con furia. No es agradable que te acusen de romper columpios.

-Ba ez naiz kolunpioetan ibiliko eta horrela ez dira apurtuko!-

-Vale. ¿Ahora me toca a mí?-

-Laster. Baina oraindik apur bat gehiago margoztu behar diot aurpegia Aneri. Hemen eta hemen, ikusten duzu?-

-Baina gero niri, ezta?-

-Bai, ba. Gero zure txanda izango da-

Ugaitz decide abandonarnos para jugar con Elsa y Spiderman.

-Asko falta da?-

-Ez, laztana. Laster amaituko dut-

Pinto verde sobre la piel ya verde. Quiero ganar algo de tiempo.

-Zer egingo duzu hain indartsu eta handia izango zarenean, Ane?-

-Perseguir a los malos!!-

Vaya.

-Aaa... Gaiztoen kontra arituko zara! Ze ausarta zaren!-

Ane no sonr e ante el elogio; teme una posible burla en mis palabras.

-Horrela, zu baino ahulagoak direnak babestu ahalko dituzu, ezta?-

Me mira con desconfianza. Como si temiera que hubiera descubierto algún secreto. Yo contin o hablando con despreocupado entusiasmo, mientras pinto una tercera capa de verde sobre su rostro.

-Beno, amaitzen ari naiz jada. Laster gaiztoen kontran aritu ahalko zara!-

 Ah, qué sonrisa tan hermosa!

-Eta nor defendatuko duzu?-

-Ume txikiak!!-

-Ume txikiak? Zu ez zara txikia, ala?-

-Ni Hulk naiz!!-

-Egia!! Hulk indartsua! Eta etxean ere gaiztoak egon ahal dira, Ane?-

De repente, Hulk parece algo asustado.

-Beno, nik etxean nengoela, batzutan beldurra sentitu dut. Zuk ez?-

- ... batzutan... bai...-

Lo dice en voz bajita, casi un susurro. Me cuesta o rla entre los gritos de los demás alumnos. Yo también bajo la voz.

-Baina zuk badakizu beldur izatea ez dela ezer txarra, ezta? Ni ere askotan beldur naiz-

-Bai??-

-Bai. Eta badakizu horrelakoetan zer egiten dudan?-

-Hulk bihurtu?-

-Uiii, nahi bai, baina etxean ez daukat margo berderik. Nik lagun bati kontatzen diot zerk ematen didan beldur-

-Eta zerk ematen dizu beldur?-

Hulk ha desaparecido.

-Pertsona gaiztoak. Eta zuri?-

-Gaiztoak... Eta txakur handiak-

-Pertsona gaizto asko ezagutzen al dituzu, Ane?-

Me mira asustada.

-Nik batzuk ezagutzen ditut-

-Bai?-

-Bai-

-Nik defendatuko zaitut!!-

Mierda, Hulk ha vuelto.

-Amaitu duzu jada?-

-Bai, laztana. Hulk indartsua zara jada!!-

Ane se levanta de un salto, dispuesta a defender al mundo de los malos. La alegre Ane que, a veces, parece triste.

Mierda de vida.

Y QUE MUERAN LAS FRONTERAS

Cuando tuvo lugar el lamentable suceso, la señora Ágata Echeandia se encontraba sentada frente al televisor de plasma de 50 pulgadas que presidía el salón principal de su mansión de veraneo. La interna acababa de servirle un café que todavía humeaba en la tacita de porcelana y, mientras esperaba a que aquello tomase la temperatura adecuada, Ágata escuchaba atentamente al nuevo presentador de los informativos del Canal 13. Aquel joven apuesto se estrenaba hoy y tenía ante sí el difícil reto de sustituir al ínclito Don Matías Crack -la voz de la televisión, testigo privilegiado de la historia del país, el periodismo objetivo y riguroso en estado puro- que se acababa de jubilar a la respetable edad de ochenta años.

Parecía que la cosa iba bien. El joven presentador, con cierta soltura en los gestos y una voz que, aunque no tenía los tintes profundamente añejos de la de su predecesor, podría calificarse de radiofónica; se hallaba presentando la noticia de la inminente firma de un tratado de libre comercio con Estados Unidos.

De pronto, cuando la cámara estaba tomando un plano general del estudio una figura entró en escena. Un individuo alto, con un largo abrigo viejo y un gorro de lana en la cabeza. Ágata se sobresaltó. El tipo, que tenía francas

Cuando entraron los anuncios Karlos Bihotzgorri se vio embargado por una intensa sensación de euforia. Sentado en el sofá de su modesta sala de estar, rodeado de estantes repletos de libros de pensadores marxistas lo vio claro. Aquel era el acontecimiento que estaban esperando, un claro mensaje de rebelión contra el orden establecido. Sin duda, el suceso podía ser el detonante de esa revolución que la clase trabajadora llevaba tanto tiempo esperando.

Claramente, el momento y el lugar no eran casuales. La acción se había desarrollado en el Canal 13, símbolo de la manipulación informativa del partido del gobierno, de los intereses oligárquicos, y había tenido lugar, además, en el momento del fin de la etapa de Matías Crack, ese busto parlante aparentemente inocuo que, sin embargo, era el fiel vocero de aquel régimen pseudodemocrático y represor. Y qué decir del momento exacto de la acción. El militante entra en escena mientras se está retransmitiendo la noticia del acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos, ese apaño neoliberal entre élites financieras y empresas transnacionales que iba a condenar al trabajador de a pie a un retroceso de un siglo en sus derechos laborales.

Ignoraba qué partido, grupo o célula había planificado aquella acción pero tenía claro que se encuadraba en un espectro político cercano al pensamiento de la izquierda revolucionaria. Además de interrumpir la noticia del acuerdo neoliberal de libre comercio, la simbología utilizada en la acción era netamente marxista. La vestimenta del activista -el abrigo viejo y el gorro de lana- hacían referencia a la clase trabajadora. La intervención sobre la corbata representaba un ataque simbólico contra la clase gerencial capitalista, y el instrumento utilizado para llevarla a cabo, las tijeras, eran una clara alusión al desmantelamiento, vía recortes, del Estado de Bienestar que tantas luchas obreras había costado conseguir. Por otro lado, estaba la frase con la que aquel militante se había despedido “Y QUE MUERAN LAS FRONTERAS”. En esa frase Karlos acertó a ver un llamamiento al internacionalismo obrero y una muestra de solidaridad con aquellos trabajadores inmigrados y refugiados que se habían visto obligados a abandonar su tierra natal, su familia y sus amigos para buscar una vida mejor.

La publicidad llevaría emitiéndose cinco minutos y Karlos indagaba en qué ocurriría ahora. Estaba claro que no podían seguir con la emisión. Aquello había sido un golpe importante. Podía haber más militantes escondidos en el edificio de la televisión dispuestos a llevar a cabo acciones similares.

Por otro lado, la respuesta extremadamente violenta de las fuerzas de seguridad del Canal 13 había puesto de manifiesto el carácter intrínsecamente represivo del sistema. Karlos estuvo tentado a asomarse por la ventana para observar si las masas habían iniciado una movilización total en las calles pero la reanudación de la emisión del informativo le mantuvo pegado a la pantalla.

Sonó la sintonía del programa y Karlos esperaba que apareciera el director de Canal 13, al que se habría informado de urgencia de lo ocurrido, dando explicaciones sobre el suceso; unas explicaciones que, por otro lado, no convencerían a nadie y serían incapaces de evitar una revuelta general. No se podía luchar contra la necesidad histórica; sin lugar a dudas, la chispa había prendido la llama, la llama prendería el incendio y sobre las ascuas del viejo sistema podría empezar a construirse un mundo nuevo en el que el género humano...

Pero el director del canal no apareció. En su lugar el presentador, el joven sustituto de Don Matías, lucía una corbata recién estrenada y, como si nada hubiera ocurrido, anunciaba con su voz radiofónica “y ahora, damos paso a los deportes”.

@@
@

La reaparición del presentador de los informativos con su corbata intacta no sorprendió en absoluto a Afrika Bushman. Como becaria del Departamento de Semiótica Posmoderna de la Universidad de Carlton, Afrika sabía perfectamente que la mejor manera de no alterar la normalidad y el *status quo* es, precisamente, aparentar normalidad. El Canal 13 no podía permitirse dar importancia a un hecho que podía perjudicar su imagen o que, en cualquier caso, no iba a contribuir a mejorarla.

Se preguntó el porqué de aquella acción. Afrika rechazaba las explicaciones simplistas. Estaba en contra, por un lado, de aquellas manifestaciones de condena hacia este tipo de actos, que se limitan a criminalizar a los que protestan y eluden una reflexión crítica acerca de las motivaciones de los actos de rebeldía. Tampoco le convencían las explicaciones monocausales y dogmáticas de algunas ideologías para las que la realidad siempre puede explicarse como el resultado de la acción de la clase obrera caminando inexorablemente hacia el comunismo. Lo único claro era que aquel acto constituía un acto de resistencia, de desafío a algún tipo de poder.

Aquel hombre bien podía ser un representante del colectivo homosexual, levantándose contra la línea editorial homófoba del Canal 13; un defensor de los derechos de los animales, intentando llamar la atención sobre la vulneración de la dignidad animal que tenía lugar en el programa “Mi amigo el perro” que se emitía los sábados en el canal; o quizás un militante que protestaba contra la política migratoria del gobierno, racista y contraria a los derechos humanos; de ahí el “y que mueran las fronteras”.

Pero esta persona también podía no pertenecer a ningún colectivo organizado políticamente. Atendiendo a su vestimenta, podría ser un desclasado, un individuo en una situación social de pobreza y desamparo que necesitaba descargar su rabia, que necesitaba que alguien le escuchase, que necesitaba unirse a otros en su misma situación para hacer frente a los abusos de los que eran objeto, que necesitaba, en definitiva, constituirse en sujeto político.

Afrika pensó en cómo podría contribuir en la emancipación de aquel individuo. Podía intentar contactar con él para escucharle y orientarle, para hacer una labor de acompañamiento de su pensamiento -nunca de adoctrinamiento- que le permitiera elaborar su propio discurso. El objetivo era empoderar a la persona, convertirla en alguien capaz de hacer frente, por sí mismo, a las injusticias que sufría. Podía acercarse a las oficinas de Canal 13, contactar con los sindicatos de la empresa e intentar averiguar la identidad de aquel hombre potencialmente revolucionario, aunque intelectualmente desamparado.

Afrika consultó la agenda de militante que siempre llevaba en su bolso, una libreta elaborada en materiales ecológicos por una cooperativa

guatemalteca de Comercio Justo. Lunes, reunión del grupo de consumo; martes, manifestación por los derechos de los animales; miércoles, círculo de comunicación posmoderna; jueves, concierto del colectivo vegano,.... En fin. Habría que dejarlo para la semana siguiente; cosas de la multi-militancia.

En la pantalla el comentarista deportivo repasaba la alineación del partido del sábado.

@@
@

Una vez en la habitación a la que los vigilantes de seguridad le habían conducido, Albert García se despojó del largo abrigo raído y del gorro de lana que llevaba en la cabeza. Todo había salido según lo esperado. El presentador se había aterrorizado, creando una situación de pánico, la escenificación del corte de la corbata había salido perfecta, los vigilantes habían actuado con contundencia, dándole a la escena una fuerza notable y la lapidaria frase “Y QUE MUERAN LAS FRONTERAS” había resonado por encima del alboroto de forma contundente.

Albert se acercó a uno de los ordenadores que había en la habitación y abrió una ventana del navegador de redes sociales. La respuesta era satisfactoria. Las redes sociales ardían en comentarios relativos a lo sucedido y la etiqueta atentadocanal13 se encontraba ya en el número uno del ranking estatal.

Si todo evolucionaba según lo previsto el ataque sería difundido en todos los medios nacionales y en parte de la prensa internacional. Además, el Canal 13 emitiría un especial el fin de semana que incluiría una entrevista a Kepa, el nuevo presentador, lo que contribuiría a lanzar su imagen. El chico tenía talento pero la presión de sustituir a un dinosaurio como Don Matías podría llegar a ser un problema. Este empujoncito no le vendría nada mal.

Los comentarios de las redes sociales le sacaron una sonrisa. Proliferaban las teorías sobre la autoría del sabotaje; que si los comunistas, que si los

anarquistas, que si un desahuciado, que si un loco... Albert estaba satisfecho. Había sido nombrado Director Ejecutivo del Canal 13 hacía poco más de dos semanas. En ese tiempo tan reducido había tomado una empresa que estaba cercana a la bancarrota por sus constantes pérdidas de audiencia y había diseñado una campaña de relanzamiento que pronto daría sus primeros frutos. El haber asumido personalmente el papel del saboteador del informativo era algo que se había tomado como un reto personal. Cuando se desvelase la verdadera identidad del asaltante la noticia daría la vuelta al mundo y él presentaría oficialmente el nuevo Canal 13.

Recordó con placer su primera decisión como director. Le vino a la cabeza la cara de Don Matías cuando le dio la noticia de que estaba fuera. El despido del viejo carcamal había salido caro después de tantos años de servicio en la empresa; pero era una decisión que había que tomar. Adiós a Don Matías y al viejo Canal 13. Todo debía ser renovado para romper con esa caduca tradición conservadora, si el Canal 13 quería sobrevivir debía adaptarse a los nuevos tiempos, debía renovar personal, programas, contenidos y, por qué no, línea editorial.

Mientras veía como el virus que había inoculado con su acción se expandía por las redes, Albert se reafirmó en su idea de que la labor de un ejecutivo es estar donde está el dinero; si los anunciantes prefieren promocionar sus productos en medios de comunicación con una imagen joven, moderna y progresista es eso precisamente lo que hay que ofrecerles. Con estos cambios corrían el riesgo de perder el favor del episcopado, de los colectivos pro-vida y de los grupos ultraconservadores; pero, si a cambio ganaban el favor de algunas decenas de grandes empresas, el cambio merecería la pena.

Se imaginó a sí mismo en la reunión de la semana siguiente, presentando al Consejo de Administración el éxito de su estrategia de relanzamiento. El Consejo de Administración. Media de edad: sesenta años. Aquellos carcamales oxidados e ignorantes no sabían moverse en el mundo empresarial del siglo XXI. Con un poco de suerte conseguiría que le remunerasen parte del sueldo en opciones sobre acciones y en un par de años podría hacerse con el control de la empresa. Y de ahí, por qué no, a la política. Él no había llegado al mundo para representar un papel secundario,

para ser un mero espectador. No quería ponerse límites, quería desarrollar todo su potencial. Él era un verdadero revolucionario. Cambiaría el Canal 13. Cambiaría su país. Cambiaría el mundo. Como rezaba el eslogan que había ideado para su campaña de relanzamiento: Y QUE MUERAN LAS FRONTERAS.

LA OTRA CARA DE LA MISMA MONEDA.

El barrio pesquero de Almansa es uno de los más antiguos, arraigados y pintorescos de la ciudad costera de Portoalegre. Sus calles, estrechas y empinadas desembocan en el puerto, sus coloridas casas tienen grandes ventanas y en los bajos de éstas se pueden encontrar pequeñas tiendas y bares de todo tipo y condición.

Debido a la pendiente de la ladera en la que está situado, todas las casas tienen al menos una ventana con vistas al puerto. Antiguamente, cuando llegaba la temporada de caza de ballenas los hombres del barrio se embarcaban rumbo a las frías y lejanas aguas de Terracota. Por estas ventanas podían divisar las almanseñas y los almanseños que se quedaban en tierra la llegada del padre, marido, hermano, hijo o amante, que, con mil aventuras a sus espaldas y el petate lleno, regresaba de su largo viaje. A no ser que la furia del mar, el hambre, o la enfermedad alcanzaran la embarcación. El mismo mar que a veces traía al barrio la fortuna podía traer también la desgracia; como suelen decir los almanseños “son las dos caras de la misma moneda”.

Los colores de las casas, todos llamativos y diferentes, no son ningún capricho. Cuando después de meses de travesía los marineros avistaban el puerto se acercaban corriendo a la proa ansiosos por ser el primero en distinguir su casa entre toda la maraña de ventanas, ventanucos, balcones y tejados. Los llamativos colores ayudaban a los marineros a reconocer su hogar a una mayor distancia.

Pero no es el sinuoso trazado de sus calles ni la alegre arquitectura de sus casas lo más característico de este barrio. Hoy en día, a pesar de que el modo de vida de sus habitantes ha cambiado queda en el ambiente del barrio la esencia de épocas anteriores. Hay algo que todavía evoca los grandes viajes, sus mitos y leyendas, así como el vacío y la angustia de los que se quedaban esperando. Sus habitantes, bulliciosos, apasionados, callejeros y con cierto aire melancólico, son lo más pintoresco que este lugar de Portoalegre puede ofrecer.

@@
@@@@@@

En lo más alto del barrio de Almansa, en el número 21 la calle de la Saudade, en una casa de color azul verdoso vivía con su padre la pequeña Saida. La bonita casa azulada, con una taberna como negocio familiar en la planta baja, lindaba a la izquierda con una de color violeta y a la derecha con una de color anaranjado en cuyos bajos se encuentran una pequeña frutería y un ultramarinos respectivamente.

Todas las mañanas el padre despertaba a Saida con un pequeño beso en la mejilla. Mientras Saida se vestía preparaba el desayuno al mismo tiempo que iba abriendo el bar. Saida desayunaba adormilada tostadas untadas en leche, su padre bebía a sorbos café solo a la vez que ojeaba la sección local de periódico.

Cuando terminaba de desayunar Saida se lavaba los dientes, recogía el desayuno y se despedía de su padre con un beso. - “Que tengas un buen día pequeña”- le decía éste.

Junto con el resto de niñas y niños del barrio recorría las estrechas y adoquinadas calles hasta llegar a la escuela.

El padre de Saida pasaba el día en la pequeña taberna. A primera hora servía algunos desayunos mientras terminaba de fregar y ordenar todos los cacharros del día anterior. Luego llegaban los proveedores con los que, tras reponer la despensa y arreglar las cuentas, charlaba un rato animadamente.

Al medio día empezaban a llegar los vecinos que cerraban sus comercios a la hora de comer. Había quien pedía un vino o refresco previo a la comida y quien ya había comido y pasaba a tomar el café antes de volver al trabajo. Poco a poco iban llegando los parados, jubilados y marineros retirados que se enfrascaban en interminables partidas de cartas.

Cuando los juegos de cartas estaban llegando a su fin Saida volvía del colegio. Solía sentarse en una mesa que está al fondo, cerca del almacén a merendar y a hacer los deberes. Si el bar estaba tranquilo su padre se sentaba con ella y hablaban sobre cómo les había ido el día. A veces Saida tenía que ayudar a su papá con los clientes.

Cuando había terminado salía a la calle a jugar. Su mejor amiga se llamaba Noelia y vivía en la casa violeta de al lado de la de Saida. Lo que más les gustaba hacer a estas niñas era coger crías de gatos callejeros y vestirlos con ropa de sus muñecos; aunque también salían con el resto de la pandilla a jugar a la pelota, intercambiar catetos o a hacer expediciones en alguna casa vieja que estuviera abandonada.

A la hora de la cena Saida volvía al bar y ya con la persiana cerrada cenaba tranquilamente con su padre.

@@
@@@@@@@@

El clima templado que el mar aporta a Almansa así como la atmósfera atemporal que se respira en sus calles, hacen de este lugar un destino de lo más atractivo para urbanitas agobiados en busca de autenticidad, jóvenes aventureros, nórdicos sedientos de sol y exotismo o matrimonios huyendo de la rutina. Esto debió pensar el Concejal de Cultura y Turismo del Ayuntamiento cuando presentó su plan estratégico gracias al cual Portoalegre y el pequeño barrio de Almansa serían reconocidos por su belleza a nivel mundial. Este plan incluía una pequeña inversión inicial en limpieza y acicalamiento de sus calles que hiciera atractiva la inversión extranjera y la modernización de sus locales y comercios. Los beneficios podrían ser inimaginables para aquellos hombres y mujeres que tan duramente se habían tenido que ganar la vida a lo largo de la historia. La modernización del barrio se llevaría a cabo en la zona baja del mismo, más atractiva para el turismo por su cercanía al mar.

En poco tiempo el cambio se hizo notable y los habitantes del barrio comprobaron cómo las palabras del visionario concejal se convertían en hechos.

El padre de Saida desde lo alto de la calle observaba, mientras fumaba un cigarro en las puertas de la taberna vacía, las terrazas de la parte baja repletas de sombrillas, camareros acelerados con bandejas llenas y despreocupados turistas sonrientes. De vez en cuando algún turista despistado entraba en su taberna con la cámara de fotos al cuello y ataviado de una indumentaria estrafalaria. Pedían cosas raras como “mojitos”, o “snaks” y a la hora de pagar le pedían que se sacara una foto con ellos. Estas costumbres le irritaban.

Una tarde Saida descubrió asombrada cómo la tienda de chucherías del barrio había desaparecido, en su lugar había una tienda en la que se vendían infinidad de cosas inservibles y que se llamaba “Souvernirs”. Esa misma tarde, entro en el bar un viejo amigo de su padre, Saida le conocía de vista, era un hombre de mediana edad que tenía una pequeña taberna en la zona del puerto. Quitándose el sombrero el hombre exclamó c “¡Qué alegría observar cómo se conserva este lugar con lo que ha cambiado todo!”.

- ¿iQue quieres?!- Saida notó que a su padre no se sentía cómodo con la inesperada visita.

- ¿Estas son maneras de saludar a un viejo amigo? ¡Pero dame un abrazo hombre! Respondió el hombre entre burlón y divertido.

El padre de Saida, contestó con tono frío -Hace mucho que no se te veía el pelo, pensaba que a los "sureños" ya no os interesaba lo que ocurría por estos sucios y viejos lugares.

- ¡Calla, calla! ¡No digas tonterías! Si no he venido antes ha sido porque hemos estado ahogados de trabajo.

- El que a mí me gustaría...- Susurró el padre de Saida.

- No sabes lo que estás diciendo amigo, - espetó el hombre ya con un tono mucho más serio, -créeme, ahí abajo las cosas no son como parecen- el hombre hizo un gesto señalando la zona baja del barrio. - con toda sinceridad te digo que llevo anhelando meses venir aquí, a un bar de toda la vida, a tomarme un vino.

- Si has venido a restregarme lo bien que te va todo y lo limpio, moderno y abarrotado que está tu local, puedes ahorrártelo, lo veo todos los días. - Saida se asustó, nunca había visto a su padre adoptar ese tono con ningún cliente, y menos con un hombre al que conocía de toda la vida. -¿Qué vas a tomar?- No tengo ni mojitos ni cócteles con sombrillitas...- Añadió irónico.

- ¡Relájate amigo! No he venido aquí para eso. Ponme un vino, anda. - Continuó intentando calmar a su amigo. - Es cierto que la llegada del turismo hizo que en un primer momento viviéramos como en un sueño, ganamos mucho dinero y empezamos a vestirnos y peinarnos como ellos, a comprar un montón de cachivaches que nos hacían la vida mucho más fácil, pensábamos que la fortuna por fin nos daba la cara...

- Ya, ya... Aquí tienes tu vino. - Le interrumpió el camarero acercándole el vaso de vino.

- Pero ahora todo ha cambiado, el boom del turismo nos está mostrando su otra cara. El bar ya no es mío, pago un alquiler a un tipo que vive a más de mil kilómetros de distancia y que quiere convertir mi antigua taberna en una copia de otras cincuenta repartidas por todo el mundo, Buenos Aires, Nueva York, Amsterdam, hasta en las Bahamas hay una cafetería como la mía, bueno en la que yo trabajo, - Corrigió, y añadió.- ¿tú sabes donde estan las Bahamas?-

El padre de Saida escuchaba atentamente, su semblante frío y distante había desaparecido, se sentía mal por su amigo, no sabía que decir. El hombre le contó cómo todos los vecinos de la parte baja de Almansa se encontraban en situaciones similares. Las inversiones extranjeras habían

llegado, tal y como el concejal predijo, pero estas no traían consigo el desahogo prometido, o por lo menos no para ellos.

Habían tenido que cambiar de proveedores debido a que los de toda la vida no vendían los productos que los turistas pedían. Los nuevos proveedores manejaban unos plazos mucho menos flexibles y los precios de los productos eran desorbitados, apenas les quedaba margen de beneficio.

Por si fuera poco, los impuestos municipales eran mucho más caros que en el resto de la ciudad ya que, según decían, había que recuperar el dinero invertido en el nuevo adoquinado, las luminosas farolas, la esterilización de gatos callejeros y todas aquellas mejoras que hacían que la zona baja de Almansa fuera hoy una de las mejores de la ciudad.

Las deudas que les ahogaban habían llevado a los vecinos a vender sus casas. La mayoría habían sido compradas por extranjeros que les dejaban seguir utilizando las zonas comunes y alguna de las habitaciones. También podían seguir explotando su negocio; todo ello a cambio de un alquiler que había ido incrementando progresivamente hasta ahogarles. El aumento de precio era inevitable debido a la creciente demanda, según les explicaban. El resto de las habitaciones de la casa eran alquiladas a turistas.

Los inversores extranjeros imponían qué debía venderse en los locales de la planta baja y cómo debía servirse, qué música poner y cuál era la decoración apropiada. Según comentaban, Almansa debían conservar su auténtica esencia, al mismo tiempo que proporcionaba al turista tranquilidad y seguridad. Éstos querían descubrir cosas nuevas sin dejar de sentirse como en casa.

Pero los problemas de dinero no eran lo que más preocupaba a los vecinos del puerto, los Almanseños estaban acostumbrados a las épocas de vacas flacas. La vida en el barrio había cambiado, los horarios de trabajo se habían alargado, las terrazas para turistas no dejaban espacio para los antiguos corrillos improvisados de sillas de playa que se formaban en las puertas de las casas y se ponían nerviosos si sus hijos se quedaban jugando hasta tarde debido a la gran cantidad de turistas ebrios que había por las calles.

La conversación, que se alargó durante horas, dejó al padre de Saida pensativo durante varios días. Aunque Saida no comprendía bien de qué se trataba, sabía que el aire taciturno de su padre tenía el mismo origen que lo ocurrido en la tienda de "Souvenir" la pasada tarde y que había dejado a toda su pandilla sin catetos y sin dosis extra de azúcar.

Los vecinos de Almansa empezaron a frecuentar la parte alta del barrio cuando sus jornadas laborales se lo permitían. Allí podían, aunque fuera por unas horas y en un lugar reducido, llevar la vida de barrio que desde siempre habían conocido.

Ramón, que así se llamaba el hombre de mediana edad que tenía una pequeña taberna en la zona del puerto y que había ido aquella tarde a la

taberna del papá de Saida, adoptó la costumbre de ir a la zona alta al menos una vez a la semana. Le siguieron gran cantidad de vecinos que, o bien solos o acompañados de sus familiares disfrutaban de sus ratos libres callejeando por la calle de la Saudade y sus colindantes.

Allí formaban grupitos en las esquinas en los que medio en broma medio en serio charlaban sobre su día a día, sobre cómo era la vida antes de la llegada de los turistas o comentaban chismorreos y noticias de actualidad.

Si la tarde se alargaba podían escucharse melodías marineras que pequeños grupos cantaban a coro con mejor o peor entonación pero siempre con mucho sentimiento.

Poco a poco el padre de Saida recuperó el ánimo e incluso podría decirse que en ocasiones gozaba de un humor excelente. Debido al incremento de vecinos que frecuentaban la parte alta de la calle de la Saudade y se dejaban caer por la taberna, podría suponerse que la causa de este buen humor era que ahora la suerte sonreía, la moneda había girado y era la cara de la fortuna la que ahora se mostraba. Al final del día, cuando el papa de Saida cerraba la persiana y revisaba la caja podía comprobarse que el dicho más acertado para explicar su buen humor era el que dice que mal de muchos consuelo de tontos, y es que los vecinos de Almansa no tenían muchos cuartos que gastar.

@@
@@@@@@@@

Era el último día del curso y Saida lo había pasado en el gran parque de Serralves, un pulmón urbano con frondosos árboles, verdes campos y un chiringuito de helados, al que la escuela organizaba una excursión para despedir el año escolar. Este bonito parque se encontraba en el otro lado de las ciudad y para llegar a él habían tenido que coger la Línea 8 del autobús urbano que recorría de punta a punta los diferentes barrios de Portalegre hasta llegar al parque.

Agotada de tantos juegos y carreras, de regreso a casa Saida iba mirando por la ventanilla mientras jugaba con la moneda de 5 céntimos que le había devuelto el conductor al comprar el billete. Parada en un semáforo le llamó la atención una gran avenida arbolada con grandes casas y palacios cercados a los lados. La profesora, que notó la curiosidad de la niña, le explicó que se encontraban en el barrio de Las Cañadas uno de los más ricos y lujosos de la ciudad. Allí habían vivido algunos de los personajes más célebres de la Portalegre, desde el fundador de los primeros astilleros hasta ilustres personajes de la nobleza del país. Aquí también vivía desde hace unos meses, el señor Diez de Aberritain impulsor del plan estratégico gracias al cual Almansa era hoy un lugar limpio, luminoso y lleno de modernos comercios, y no el sucio nido de ratas que habías sido hasta hace poco tiempo; un lugar repleto de burdos pescadores que iban de taberna en

taberna, de gatos y de mujeres que se contaban chismes a gritos de ventana a ventana.

Al oír el comentario de la profesora Saida, molesta, bajó la cabeza y miró fijamente la moneda que tenía entre las manos. Le vino a la cabeza ese dicho que tanto les gustaba repetir desde siempre a los almanseños; “son las dos caras de la misma moneda”. Se imaginó que Portoalegre era la moneda que tenía en su mano. Visualizó en una de sus caras la Avenida arbolada de Las Cañadas. Por ella paseaba el Concejal de Cultura y Turismo acompañado por los proveedores de las bebidas artificiales que consumían los turistas y un grupo de extranjeros que negociaba la compra de un viejo local en la zona portuaria. En la otra cara se veían las calles que daban al puerto de Almansa abarrotadas de turistas, terrazas y tiendas “Souvenir”, Se veía también a los antiguos pescadores que, reconvertidos en tenderos, pasaban las horas atendiendo a desconocidos para poder pagar su creciente endeudamiento. Definitivamente Almansa era la peor de las caras.

Pero, de pronto, algo le hizo sonreír. Le vino a la cabeza el bar de su papá; ese rinconcito de la zona alta donde los vecinos de Almansa acuden a pasar sus ratos libres, ese lugar donde todavía hoy se puede charlar en corro rodeado de amigos, ese sitio donde el barrio sigue siendo lo que algún día fue.

EL PURÉ Y LA MENTE

Javi tiene 8 años y odia el puré de verduras. Lo odia tanto que cuando oye la palabra “puré”, le entran arcadas. Su cerebro parece rendirse ante el puré de verduras y comienza a reproducir su color verdoso con pequeñas manchas oscuras. Su espesa liquidez, que no mejora cuando su mente saborea esos grumos que de vez en cuando emergen desde lo más profundo del potaje sin previo aviso. Parecen trozos de algas secas. Su olor, su cerebro lo recuerda a la perfección, olor a derrota, olor a sudor, tedio, olor a verduras calientes que se agolpan exprimidas en un plato maldito, que no tiene culpa ninguna. Y por último está su sabor... tan malo, que parece picar. Un picor propio de una comida estropeada.

Su madre, (la de Javi, pues la madre del puré de verduras se mantiene oculta a la humanidad en sabe Dios qué rincón del mundo), le ha preparado puré de verduras: “Las verduras son buenas Javi”.

Comienza una nueva batalla. Tres bandos: Javi, el puré de verduras y la madre de Javi. Al comienzo de la batalla el puré y Madre están aliados contra Javi y él sabe que tiene que equilibrar la balanza ganándose los favores de la matriarca.

No es ésta la primera batalla de la “Guerra del Puré de Verduras”, ya no valen los ataques sencillos y rápidos de “Jo, no quiero”, los ataques de “Jo, no me gusta”, los ataques de “Jo, jo, jo”. Madre ya sabe cómo contrarrestar esas pamplinas.

Esta vez Javi comienza duro: directo al puré, nada de intermediarios.

Lo mira fijamente, el puré se queda inmóvil, su mejor ataque es existir y tiene a Madre de su lado. La mano derecha a la cuchara, la izquierda a la nariz. Sí, ánimo, la cuchara se hunde en el puré y se impregna de ese color verde, ella siempre es la primera en sacrificarse en esta Guerra. Gotea. La cuchara gotea, pero sigue estando llena. Ese maldito puré parece inagotable, si dejara la cuchara goteando durante horas y horas, seguro que seguiría estando llena.

¡Vamos! Primera cucharada...

Dioos, Javi ha evitado su olor, pero no su textura por toda la boca, no su sabor en la lengua. Sin embargo, Madre ni se inmuta pese a ver la cara de asco más impactante que haya visto en su vida, una cara de sufrimiento y horror, una expresión de rechazo a la realidad, una cara de pesadilla. Madre sonrío irónicamente y manda un claro mensaje de hostilidad: “Ya te queda una menos, ¡enhorabuena Javi!”

Segunda cucharada. El mecanismo es el mismo, es el que menos hace sufrir, cuchara a la derecha, dejar que gotee un poco, nariz tapada. Nunca se debe llenar poco la cuchara o comer menos de lo que hay en ella, Madre se enfurecía cuando Javi hacía esto y le dejaba sin postre, un castigo demasiado duro incluso en tiempos de guerra. La cuchara se acerca a la boca, es un suicidio: obligado a llevarse a la boca un veneno como aquel, ¡qué impotencia! Y él mira hacia arriba y resignado grita: “¡Tú también, madre, tú también en mi contra!” Esta vez la táctica para pasar el puré hasta el estómago es diferente.

Directamente a la garganta, sin tocar lengua ni paladar. Es una técnica que aprendió hace poco en otra batalla librada en casa de la abuela. Allí tanto él como su primo Guillermo cayeron derrotados, pero con dignidad, lucharon cuerpo a cuerpo, usando solamente la técnica “Directamente a la garganta”.

Pero en esta ocasión Javi no contaba con las indicaciones de su primo Guillermo, versado en toda clase de guerras familiares y con 3 años más de experiencia total.

La cuchara entra en la boca, que apesta a puré de verduras, apenas rozando algún diente. El movimiento definitivo debe ser rápido y certero, el mínimo fallo significa un calamitoso derrame del potaje, un derrame inesperado, agresivo y violento. En ocasiones es peor el remedio que la enfermedad. Esta es una de ellas... Oker, el perro de la familia, pasa por la cocina, distraendo a Javi, que pierde la concentración y tuerce sin querer la cuchara. En un desesperado intento de mantenerla recta, la gira hacia el otro lado, pero de manera precipitada, cegado por el miedo a sentir una sola gota de puré en su boca, cegado por el miedo a la derrota.

Desastre. Desastre total, el resultado ha sido peor de lo que se esperaba. El puré ha empapado su boca y al intentar evitarlo, Javi ha sido alcanzado también en la barbilla. La barbilla le chorrea, es una masacre. Hay puré por todas partes, en su boca, en su cara, en el mantel, en el pan, en el suelo... en el plato. Hay puré en el plato.

La reacción de Madre esta vez es más acusada. Irrumpe en el campo de batalla para sacudir su hombro y recriminarle su actitud. “En cuanto acabes el puré, porque te lo vas a acabar, vas a limpiar todo esto”.

Pero después de un mal trago tan grande, después de sentir náuseas por primera vez, es cuando se vislumbra la luz. Oker, la comida de Oker está a un brazo de distancia de la silla donde Javi está sentado. Madre está ocupada yendo y viniendo de la cocina a la habitación, donde está

organizando su maleta para las vacaciones. Tiene que aprovechar una de esas distracciones para poder echar al menos una cucharada al cuenco de Oker. Una vez más, cuchara en la derecha, nariz tapada, Madre se va a la habitación, es el momento. Un rápido giro de cintura hacia la izquierda y el brazo de la cuchara acompañando el movimiento. Y ya solo falta echar el puré al cuenco... "¡Ni se te ocurra hacer alguna guarrada con el puré, Javier, que te conozco!" ¿Pero qué es esto? Un puré invencible y una madre omnisciente, eso es lo que es. ¿Pero cómo es posible que las madres sepan esas cosas?, ¿cómo es posible que lo sepan todo en el momento justo? Cambio de planes. El espacio que el puré iba llenando en su tripa y en su mente, lo iban desalojando las ideas. Ya no sabía qué hacer, pero se negaba a torturarse a sí mismo, el puré sabe a maldad y peor será si tarda en comerlo.

Una cucharada más. Procedimiento estándar. Sufrimiento sobresaliente. ¡A quién se le ocurriría coger todas las cosas verdes que nacen de la tierra y estrujarlas hasta hacerlas puré, para luego ingerirlas!

Mientras, Madre se había parado en la cocina, sentada al lado de Javi, estaba leyendo un libro. Se titulaba "La Odisea" y era tan gordo que parecía imposible contar tantas cosas interesantes en un mismo tomo. A Javi le asustó la portada, en ella podía verse una ciudad en llamas, una ciudad en guerra, sin escapatoria, llena a reborar de puré de verduras. Un gran desafío.

Otra cucharada. La vida es dura. Una vista hacia abajo, aquel océano verde parece haber menguado un poco, después de todo hay esperanza. Esperanza que trae consigo lucidez, los momentos de crisis son los que nos ponen a prueba, la creatividad fluye y la esperanza la hace más fuerte.

¡Claro! Su debilidad, la de Javi, es su mente. Debe usar el cerebro para lograr el efecto contrario al que se somete cuando escucha la palabra puré. Solo tiene que convencer a su cerebro de que el puré de verduras sabe a macarrones con tomate, su plato preferido. Pasta Javi, piensa en pasta, en su punto, suave, fina, se deshace en la boca. Tomate Javi, piensa en salsa de tomate, tomate frito, rojo vivo, natural, casero, con esas pepitas pequeñitas, ese cuerpo que paradójicamente, tiene una textura parecida a la del puré. Nada que ver respecto al sabor y olor, nada que ver las inundaciones de puré en su boca, con aquella danza magnífica de la pasta y el tomate, una danza entre una pareja perfectamente acomodada.

A por él. Cucharada, nariz tapada, cerebro encendido, modo "pasta con tomate" seleccionado. Concentración, recuerdo, sabor del tomate, sabor de la pasta y cucharada para adentro. Puré. Puré. Y puré. Oscuridad, agobio y de nuevo derrota. La realidad ha superado al poder mental de Javi. Ni un ápice de tomate, ni un gramo de pasta, el archivo "pasta con tomate" ha sido sobrescrito por el de "puré de verduras". Los designios de Javi apuntan ya a comer y comer, todo seguido. Sin sentido, olvidarlo todo, solo comer, solo comer y llorar. Una cucharada más mi camarada, por Guillermo. Una

cucharada más mi amigo, por nosotros. Una cucharada más mi príncipe, por ti. Vamos coge la cuchara y...

Y déjala de nuevo en la mesa. ¡Fíjate, no hay más puré de verduras! No hay más puré. Solo hay calma. Sin proponérselo, solo haciéndolo, solo comiendo, nada de tácticas, nada de técnicas, solo comer. Enhorabuena Javier. Eso es, incluso el sabor, el olor de las últimas cucharadas, no ha sido tan malo. ¿Será acostumbrarse? ¿Será que no está tan malo como le dice su cerebro? ¿Contará "La Odisea" cosas interesantes después de todo?

¡EXTRA, EXTRA! NI RASTRO DE SU COLITA

Desaparece varias horas un león del congreso de los diputados

Jhony Laboro oficial de la policía madrileña afirmó en declaraciones a Tele Thabi que se le había visto muy compungido ante las colas por la muerte de Suarez.

Entrevistado su compañero en las escaleras del congreso el León Troski, afirmó que se había ido a estirar las piernas, y que no era la primera vez que hacía cosas extrañas ya que años atrás, apareció con la melena rapada tras el ascenso de la Cultural Leonesa, y aparecieron fotos en Facebook en actitud sensual junto al oso bajo el madroño de la puerta del sol.

Finalmente todo quedó en una breve escapada, ya que como afirmó a su regreso: "aaa chigueña conisiviiii sivava", bueno que no había podido resistir a la tentación de ir a ver el musical del Rey León.

ADLÁTERE

Madam Colita está exultante. Está realizando obras para la ampliación y mejoras del burdel. El *adlátere* está, literalmente, desbordado. El millón de refugiados que han pasado por la ciudad y las decenas de miles de muertos han convertido al antro en uno de los más populares de Europa. Rateros, narcotraficantes, contratistas, tratantes de blancas, diplomáticos... han encontrado en este infierno el lugar perfecto para seguir medrando. En este caos puedo realizar mi trabajo sin levantar sospechas. Ni rastro de Rick. Pese a invitar a M Colita al mejor champán de su propio bar sólo he encontrado evasivas. Dudo que le haya visto en semanas. Antes de despedirnos coincidimos en que la lección está aprendida y en que una masacre así no se repetirá en Europa. Seguiré informando.

Esmirna, 15 de diciembre de 1922

DEAMBULANDO ENTRE PAREDES DE COLCHONES

Era la hora de la medicación. La enfermera entró en la lúgubre estancia que únicamente se iluminaba por la tenue luz de la luna que reverberaba en las acolchadas paredes.

El sujeto, taciturno, se encontraba encima de la cama en posición fetal, con la mirada vacua y firmemente asido a un manuscrito titulado "*en las montañas de la locura*". La sanitaria cogió la pastilla y la depositó en una mesita metálica que se encontraba al lado del catre, junto al resto de pastillas que el paciente se había negado a tomar durante la semana, formando así una cordillera de fármacos baldíos.

Se acercó, como cada noche, a la cabecera de la cama para ahuecar la almohada y en ese instante Howard se incorporó súbitamente y acercando los labios al oído de la enfermera profirió susurrante, las únicas palabras desde su ingreso, haciéndola estremecer y enturbiando sus ojos. Soy libre y no daría mi cordura para ser adlátere de la nada.

MARE AZZURRO

Tengo que decírtelo,

Anoche salí. No lo había premeditado pero tomé más de la cuenta sí. Y baile, bailé como hace mucho tiempo que no lo hacía y conocí a mucha gente, creo. A partir de un momento indeterminado mi recuerdo de la noche no tiene sonido, solo color. Color azul, que se ha ido desvaneciendo hasta acabar en la nada.

Ya sabes que te quiero pero ya va siendo hora de que lo sepas. Ya de mañana cuando me he levantado de la cama, la cabeza no me daba vueltas, no tenía en el estómago mil volcanes de Pompeya, ni ninguna de esas mierdas.

Me he tomao las medicinas, mal comido unas sobras nuestras y me he vestido de los pies hasta la testa. Y cuando he bajado a la esquina del mercado entre el puesto de los pollos y de "Frutas Maldonado", me enfrentao a unos rumanos que te piden una moneda y te roban por otro lado. _ ¡Eh! ¡Ya os estáis pirando de aquí echando ostias si no queréis volver pa Transilvania con los colmillos trasquilados!_ Les he dicho.

Pero ya sabes que te quiero y lo que te voy a contar, es posible que te enfade y seguro que no te va a gustar. Después de sacar el pan de cada día lloriqueándole a las viejillas, diciendo que no tengo curro y que es todo pa mis niñas, me he acercado hasta el parque a tumbarme en la hierba y comer unas miguillas.

Terminado el almuerzo, he encontrado en mi bolsillo un mensaje que supongo me lo dieron anoche antes de volver a casa. Creo que sí, lo llevo hasta en el nombre y ya se lo que me pasa.

Así que antes de seguir te escribo esta nota porque te quiero, ique no me gusta que trabajes todo el día! y llegues a las tantas a casa. ¿Que que dice el mensaje? ¿Que que es lo que pasa?

Nada, solo era propaganda: "Cruceros Mare Azzurro, te enseñamos todos los matices del azul del cielo y del mar."

Y ya sabes que aunque no tengo dinero es mi sueño y mi deseo zambullirme en el azul y comprobar su silencio. Así que lo voy a intentar.

Gracias papá.

Te quiere,

Mar.

_ Inspector. Unos críos encontraron esta nota en el muelle del puerto, en el embarcadero de los cruceros. Estaba en los bolsillos de un pantalón de mujer.

_ ¿Y la chica?

PESADILLA POR NAVIDAD

